

## **Franco: la violencia y la simplificación de España**

Franco: violence and simplification of Spain

Antonio Cazorla  
Trent University, Canadá  
[acazorla@trentu.ca](mailto:acazorla@trentu.ca)

**Resumen:** ¿Cómo cambió Franco la historia de España? Este artículo sostiene que su poder exigía la imposición de una sociedad simplificada que negase la diversidad cultural y política del país. Esta simplificación excluyó a quienes no cabían en el discurso oficial y a los intereses materiales, incluyendo el derecho a la vida y a comer, de millones de personas. Franco entendió y limitó la vida pública española, más prometedor me parece explorar la conexión de a) la formación profesional/vital de Franco, esto es, el africanismo, y sus relaciones profesionales y personales políticas antes de la Guerra Civil y b) las ideas y hasta ideologías contemporáneas que sustentaron, racionalizaron y afectaron a las políticas del régimen desde el momento en que comienza la construcción de este hasta la muerte del dictador. Una vez discutidos estos dos aspectos, procederemos a ver cómo pudieron afectar a las políticas concretas del régimen, y en particular cómo la imposición de una elección personal de Franco – mantener el poder mediante el ejercicio del terror- marcó la política general del régimen. La única forma de imponer esta simplificación fue mediante el uso primero y la amenaza después de la violencia masiva. Esta fue la esencia de política de Franco pero también su elección personal. Franco, convertido en Caudillo, fue antes que nada el terror. Esta fue su mayor y más innegable contribución a la historia del país.

**Palabras clave:** Franco, mito, guerra civil, franquismo, dos Españas.

**Abstract:** This article discusses the contribution of Franco to the history of Spain. It starts by arguing that exploring his ideology is not the best way to understand what he did and why. On the contrary, it is the exploration, first, of his professional upbringing and interests, plus his opportunism, which gives us the keys to understanding the Caudillo's policies. What those policies had in common was that they were based on the negation of Spain's diversity. We cannot truly discern if a different political leader emerging from the Civil War, even another right-wing military dictator, would have followed similar policies. What we know is that Franco achieved his goal of maintaining permanent power by artificially using the discourse of two opposing Spains: the real one that he led and the "anti-Spain",

defeated in the Spanish Civil. This myth of the “two Spains” was created in the nineteenth century but took on a new meaning in the twentieth. It was useful not only for cementing Franco’s power but also for covering the real basis of his power: the terrorizing of his enemies (and of Spanish society at large) and the protection of the material and spiritual interests of his supporters. That myth negated the suppressed diversity of Spanish society, and it could be maintained only by force. Violence, rather than ideology, was thus the minimum of the Francoist regime and Franco’s main contribution to the country’s history. Terror should be at the center of any explanation of Franco’s policies, and should be at the center of explaining his contribution to Spain’s history. Franco chose terror, never repented of his terrorist acts and threatened Spaniards with terror if they did not follow his leadership. Franco meant terror like no other leader in the history of the country.

**Key words:** Franco, myth, Civil War, francoism, two Spains

Para citar este artículo: Antonio CAZORLA: “Franco: la violencia y la simplificación de España”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 21-35.
--

Recibido: 30/05/2017

Aprobado: 29/08/2017

## Franco: la violencia y la simplificación de España

Antonio Cazorla  
Trent University, Canadá

### Introducción

**A** los historiadores nos gusta pensar en claves amplias, en el papel de las fuerzas profundas, cambios sociales, cuestiones económicas, ideologías, etc. en la historia. Miramos con desdén al rol de los individuos, en parte como reacción a la historiografía más rancia que en teoría debió morir en las universidades –pero no en la literatura popular– con el siglo XIX.<sup>1</sup> Y sin embargo, la primera mitad del siglo XX, y aún después, se caracterizó por el ensalzamiento por parte de dictaduras del gobernante individuo genial al que la propaganda y la imaginación pública –incluso entre algunos sectores cultos de la población en países democráticos– presentaron como capaz de doblegar a las fuerzas de la historia porque, supuestamente, eran hijos egregios de la Historia, en mayúscula. Estos líderes trascendentales, estos superhombres, fueron creados tanto por dictaduras de corte fascista (casos de Mussolini, Hitler y Franco) como comunistas (casos de Stalin, Mao y la dinastía Kim), en este último caso en aparente contradicción con las teorías “científicas” de Marx sobre el papel de las clases y movimientos sociales en la evolución de la humanidad. En todo caso, es obvio que la imagen no recogía la realidad pues ya de entrada estos dictadores tuvieron límites a su poder, empezando por los impuestos por esas grandes fuerzas históricas profundas que ningún buen historiador ignora.

Al mismo tiempo, los historiadores tampoco pueden despreciar completamente el papel histórico de los individuos, y mucho menos el de los dictadores. No es una tarea fácil pues es muy difícil cuantificar cómo afectaron estos dictadores al desarrollo de las fuerzas históricas profundas o, puesto de otro modo, cómo ellos, como individuos con capacidad de elegir, moldearon de forma decisiva los sistemas económicos, sociales, políticos y culturales de los estados que gobernaron y, en el proceso, cambiaron el curso de la historia. Pero somos conscientes de que no hay un pasaje evidente, y quizás ni siquiera convincente, entre la biografía y el análisis estructural. Los límites de esta incertidumbre o desajuste vienen de que la psicología cuadra mal con el estudio histórico, especialmente el de tipo socio-económico, entre otras cosas porque faltan referentes materiales para contrastar las hipótesis. Por ejemplo, podemos comparar más fácilmente los resultados en el PIB de la política económica nazi y la franquista que la influencia de Hitler y Franco, respectivamente, en esas mismas políticas económicas. Y tampoco podemos saber qué habrá pasado si

<sup>1</sup> Algunos estudios metodológicos al respecto en: “AHR Roundtable: Historians and Biography”, *American Historical Review*, 114:3 (junio 2009); número especial: “Hero cults and the politics of the past: comparative European perspectives”, *European History Quarterly*, 39:3 (2009); número especial: “The Heroisation-Demonisation Phenomenon in Mass Dictatorships”, *Totalitarian Movements and Political Religions*, 8:3-4 (septiembre 2007).

ninguno de esos dictadores, como personas individuales, no hubiesen existido.<sup>2</sup> Es esta una vía de corto recorrido que, sin embargo, no deja de seducirnos. Todos hemos oído y hasta especulado con qué hubiera pasado si Trotsky y no Stalin hubiese ganado la lucha por el poder que siguió a la muerte de Lenin; si los hermanos Strasser y no Hitler hubiesen liderado la Alemania nazi; o, más cercanos a España, si el general Sanjurjo no hubiese muerto al comienzo de la rebelión de julio de 1936.

En todo caso, el trabajo del historiador, a diferencia del de novelista, solo permite una leve excursión en el mundo de la hipótesis del pasado alternativo. Cuando la especulación cesa queda otra vez la pregunta real: valorar hasta qué punto el individuo en el poder afectó (que es el término semi-neutral que usamos en lugar de cambió) la historia. El peligro de la pregunta para el profesional reside en olvidar, lo repito, que nunca hay una respuesta clara y convincente al respecto pues, una vez más, vive bajo la sombra seductora de un falso pasado alternativo: lo que debió ser (algo que en términos históricos ya es un contrasentido) y el dictador alteró. La solución, insatisfactoria quizás, a perderse en este peligro camino es centrarse más en el régimen que en el individuo que lo encabezó pero, al mismo tiempo, intentar ver cómo la formación, las posibilidades y los intereses del dictador pudieron conformar la realidad. En todo caso, insisto por última vez, no hay una respuesta clara por el simple motivo de que estamos hablando de procesos incontrastables sobre los que se especula con qué dependió de la voluntad de una persona y qué del marco estructural en el que aquella desempeñó su cargo político.

Y aquí entra Franco y, más precisamente, su papel en el intento de su dictadura de destruir la diversidad política y cultural de España. No estoy seguro de que para entender este proceso el recurso a la ideología, entendida como patrón teórico para el análisis de la realidad, sea de entrada el más apropiado. Tampoco propongo que se abandone completamente el uso de la ideología, pero creo que esta, en el caso de Franco, tiene más valor como instrumento o recurso político oportunista que como guía o plan de su comportamiento. La franquista pudo ser una dictadura fascista o no —la respuesta está en la definición que se use— y ciertamente fue un régimen militarista, al menos al principio. Pero el término fascista no impone políticas sociales e incluso económicas predeterminadas (los casos de Alemania, Italia y España ofrecen un repertorio muy amplio de políticas divergentes y hasta enfrentadas). Tampoco el militarismo, y no olvidemos que Franco fue un general al frente de una rebelión militar, implica contenidos sociales o económicos precisos. A nadie se le debería ocurrir comparar las políticas del muy militarista primer franquismo con la del régimen más militarista contemporáneo, Corea del Norte. Aunque la noción de militarismo es esencial para entender cómo Franco entendió y limitó la vida pública española, más prometedor me parece explorar la conexión de a) la formación profesional/vital de Franco, esto es, el africanismo, y sus relaciones profesionales y personales políticas antes de la Guerra Civil y b) las ideas y hasta ideologías contemporáneas que sustentaron, racionalizaron y afectaron a las políticas del régimen desde el momento en que comienza la construcción de este hasta la muerte del dictador.

---

<sup>2</sup> Una elucubración al respecto (“If Stalin had died”) en Stephen KOTKIN: *Stalin*, Penguin, Nueva York, 2014, pp. 725-739.

Una vez discutidos estos dos aspectos, procederemos a ver cómo pudieron afectar a las políticas concretas del régimen, y en particular cómo la imposición de una elección personal de Franco – mantener el poder mediante el ejercicio del terror- marcó la política general del régimen.

## Biografía e ideologías

Franco y sus hagiógrafos tuvieron dificultades para conciliar dos imágenes del dictador. Por un lado, la del militar profesional exclusivamente dedicado a su profesión y, por extensión, a la grandeza de la patria. Por otro, la de un hombre comprometido, a través del estudio, con los problemas del país. La respuesta, falsa, era que ambas características de Franco se unieron cuando España, la verdadera, reconoció la grandeza y el destino histórico del personaje y le dieron el poder formalmente el 1 de Octubre de 1936 aunque ya, espiritualmente, lo tendría desde el 17 de julio de 1936 (o, para los más devotos propagandistas, incluso antes).<sup>3</sup> El militar y el patriota estudioso pusieron entonces su corazón y su cerebro al servicio supremo de la redención del país. El Caudillo no habría nacido en 1936, sino que se había revelado. Esta construcción se basó en dos mentiras y un mito patético: ni Franco fue nunca un meramente un militar ni, por supuesto, tampoco el comelibró de las hagiografías. Lógicamente, tampoco era el Caudillo oculto a la espera del momento histórico, predeterminado por dios, para salvar a España. Esta construcción del mito la he explicado en más detalle en otro lugar,<sup>4</sup> por lo que solo la discutiré aquí brevemente, pero lo que quiero resaltar ahora es que su aceptación, esto es, su elevación a verdad única, implicó tanto una simplificación y una falsificación del pasado y la realidad de España como la imposición de un futuro único basado en las limitaciones *reales* del personaje *ideal* recién creado. Veámoslo con algo más de detalle.

Franco fue un militar político desde fechas muy tempranas. Su ascenso fulgurante, como el de muchos de otros oficiales contemporáneos, se debió a que supo insertarse en la maquinaria de patronazgo de los militares africanistas desarrollada por Dámaso Berenguer en torno a los Regulares, la unidad de élite que este creó. El patrón supremo de este entramado no fue otro que Alfonso XIII, y los dos mayores beneficiarios fueron el propio Berenguer y José Sanjurjo. Al amparo de estos se multiplicó una camada de oficiales que, a fuerza de rápidas promociones entre, aproximadamente, 1912 y 1926, llegaron muy jóvenes al generalato: Franco, Manuel Goded, Emilio Mola, etc. El apoyo del rey a Franco fue fundamental al menos desde 1923 cuando en apenas tres años ascendió de comandante a general de brigada. Para entonces Franco se había insertado en un nuevo instrumento de promoción también favorecido por el rey: la Legión. La República supuso un parón en la carrera de este general político pero los sucesos de Asturias de octubre 1934 y la llegada al Ministerio de la Guerra de Gil Robles en mayo del año siguiente volvieron a catapultar de nuevo la carrera de Franco, ahora al amparo de su vinculación a la CEDA.

---

<sup>3</sup> He analizado esta superchería en Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Franco. Biografía del mito*, Madrid, Alianza, 2015, pp. 113-129 y 230-244.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 98-112.

Además de por sus convicciones ideológicas conservadoras, no cabe duda de que el futuro dictador resintió y se resistió a la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 porque una vez más esta representaba el final del apoyo político a sus aspiraciones. Franco volvía a ser un general profesional y eso significaba que se alejaba su sueño: que el Gobierno le nombrase Alto Comisario en Marruecos.<sup>5</sup>

Franco tampoco fue un intelectual. Su único libro, *Diario de una bandera*, probablemente no fue escrito por él. Y en todo caso se trata de una reflexión no demasiado profunda del mando de unidad de la Legión. Sí escribió algunos artículos en la revista que él mismo dirigió durante cierto tiempo, la *Revista de Tropas Coloniales*, pero son textos profesionales de escasa relevancia ideológica o, más bien, que revelan la ausencia de preocupaciones de este tipo del autor, quien obviamente se sentía muy cómodo con las guerras coloniales y el sistema monárquico de la Restauración. En todo caso, a pesar de lo que luego dirían sus hagiógrafos, la formación teórica de Franco profesional fue escasa, y sus lecturas personales irregulares. Sus chaqueteros dirían un día que sabía más de economía que el mismísimo José Calvo Sotelo, quien no era precisamente un Keynes, pero basta leer la entrevista que el ya Caudillo concedió a Manuel Aznar, precisamente uno de sus chaqueteros más desvergonzados, unos meses (diciembre de 1938) antes del final de la guerra para comprender la ignorancia, la estulticia y la vanidad del personaje.<sup>6</sup>

Mientras que se ha escrito mucho sobre la vida de Franco y hasta el ambiente profesional en que se desarrolló, principalmente el africanista, se han estudiado menos las prácticas, el modo de hacer las cosas, de ese mismo medio profesional y el social del futuro Caudillo. Lo que si aparente es que en ambos medios prevalecía una cultura de favoritismo y corrupción, pero también de convencionalismo y de escaso nivel intelectual. El ejército colonial era notorio por todos ellos. Mientras que despreciaban a la “corrupta” y “poco patriótica” sociedad civil española, los jefes y oficiales tenían un alto concepto de sí mismos. Esta autoimagen casaba mal con la escasa formación, y su falta de deseo de mejorarla, rampante entre esos mismos oficiales. Pero había más: la corrupción. Y esta no solo consistían en que a menudo los jefes y oficiales se llenaban los bolsillos con caudales públicos sino que, en una práctica más generalizada aún, ellos crearon y participaron en un sistema de ascensos y condecoraciones totalmente desorbitado y lleno de irregularidades. Mediocres de horizontes limitados pero ambiciosos y, a menudo, corruptos; estos eran los militares de la generación de Franco.<sup>7</sup> Cuando muchos de estos mandos lleguen al poder político durante la Guerra Civil, como Ángel Viñas, pero no solo él, ha descrito recientemente, practicarán esa co-

---

<sup>5</sup> Esto ya lo dejó claro hace mucho Paul PRESTON: *Franco. A Biography*, Londres, HaperCollins, 1993, pp. 91-143.

<sup>6</sup> [http://www.generalisimofranco.com/VIDAS/manuel\\_aznar/IMPRIMIR.HTM](http://www.generalisimofranco.com/VIDAS/manuel_aznar/IMPRIMIR.HTM) (consultado por última vez el 04-09-2017)

<sup>7</sup> Para cultura del ejército colonial, ver Gustau NERÍN: *La guerra que vino de África*, Barcelona, Crítica, 2005; y para su transmisión a la España de Franco, ver Juan Carlos LOSADA MALVÁREZ: *Ideología del ejército franquista, 1939-1959*, Madrid, Itsmo, 1990.

rrupción y nepotismo con total impunidad.<sup>8</sup> Esta fue una práctica que a Franco le vino muy bien para tener controlados a sus críticos en el ejército: la disidencia política podía llevar al castigo y a la irrisoria, por arbitraria, acusación de corrupción (como el caso de Heli Rolando de Tella en 1943 dejó muy claro para los entendidos). El militarismo de cuartel de los africanistas necesitaba de tropas para domeñar a la población civil: las fuerzas de orden y la Falange cumplieron este papel. En el fascismo de la primera del régimen había mucho no de un militarismo abstracto sino de las prácticas muy acendradas del ejército colonial español, que dese la Guerra Civil usó ese “fascismo” para imponer sus formas cuarteleras de entender el mundo, y dejar que falangistas y otros le hiciesen el trabajo sucio de dominar y encuadrar a la sociedad y en especial a las masas obreras.

Eso por lo que atañe al medio militar de Franco. En cuanto al medio político, el futuro Caudillo buscó, antes de la llegada de la República, patrones y amigos entre lo más granado del caciquismo, desde el propio Alfonso XIII a esos notorios virtuosos del fraude y del amiguismo que fueron Conde de Romanones y Natalio Rivas. Entonces y después, Franco podía leer boletines fascistas pero no era amigo de fascistas; a la hora de la visita social siempre prefirió a los representantes de la “vieja política” antes que a los regeneradores de cualquier laya. Es más, el régimen político ideal de Franco era la monarquía Alfonsina, entre otras cosas porque a él le venía bien. Cuando esta cayó, no se volvió a encontrar a gusto de nuevo hasta que José María Gil Robles se convirtió en su patrón político-profesional. Esto demuestra que el radicalismo político no iba con él, al menos hasta que se vio prácticamente forzado por sus colegas a rebelarse en julio de 1936. Puesto a escoger y sin alternativas entre un Gobierno que detestaba y los peligros y posibilidades de la rebelión, Franco se decantó por esta última.

Esto nos lleva al papel de la ideología en las acciones de Franco. Sobre esto los historiadores sabemos poco, probablemente porque hay poco que saber. Franco, como ya he explicado, nunca escribió ningún tratado político teórico, ni antes ni después de llegar a la Jefatura del Estado (dicho sea de paso, Mussolini tampoco lo hizo; Hitler redactó un bodrio; y Stalin plagió completamente al menos dos de sus trabajos mayores; de la pobreza teórica de Mao y los Kim, ni hablemos). Lo que sabemos que pensaba Franco Caudillo en términos ideológicos es lo que dijo en privado y sus discursos públicos (además de sus artículos periodísticos bajo el seudónimo de Jakim Boor). Del análisis de estas fuentes se desprende más que nada la banalidad de las ideas y el oportunismo del personaje. Salvo una cosa, el poder, sabemos más de lo que Franco rechazaba y odiaba que de lo que quería. No hay en sus discursos pensamiento sistemático, nada que se pueda enmarcar en un contexto teórico que vaya más allá de las generalizaciones de militarismo, reacción y lugares comunes históricos y a menudo erróneos o deformados. El saco de las banalidades de Franco es muy amplio; de este se pueden sacar muchas cosas que a menudo pueden resultar incoherentes y hasta incompatibles si se toman de forma literal. En serio sí hay que tomarlas, no

---

<sup>8</sup> Ver, Ángel VIÑAS: *La otra cara del Caudillo. Mitos y realidades en la biografía de Franco*, Barcelona, Crítica, 2015; e Íd.: *Sobornos. De cómo Churchill y March compraron a los generales de Franco*, Barcelona, Crítica, 2016.

por su rigor sino por las consecuencias terribles que tuvieron, pero sin buscar en ellas la clave de nada esencial.

Más que embelesarse con la verborrea narcisista del dictador hay que analizar sus políticas, y, sobre todo, no hay que olvidar que estas se caracterizaban en lo básico por dos parámetros: preservar el poder del Caudillo y adaptarse, escogiendo entre el repertorio ideológico de la coalición del 18 de julio, lo que sirviese al primer objetivo. Franco se servía a sí mismo y para ello atendía a los intereses que apoyaron la revuelta militar a la que él se sumó en el último minuto y con dudas, pero que acabó, en parte por accidente, liderando. La combinación entre lo que Franco sabía (cómo y dónde se había formado y cómo había vivido la política), cómo llegó al poder, sus necesidades de supervivencia política, y las ideas y prácticas de los distintos grupos de la coalición de fuerzas que formaban el régimen, determinó las propuestas de políticas públicas de la dictadura. Estas, claro está, tuvieron que adaptarse a las realidades estructurales de España y, por supuesto, a los acontecimientos nacionales e internacionales. La interacción de ambos grupos, lo estructural y lo contingente, determinó la realidad política del franquismo, y, lo más importante, el impacto de esta en la vida diaria de los españoles.

Del complejo sistema de interacciones arriba descrito hay dos elementos que apuntan directamente a Franco: por un lado, sus necesidades de poder y, por otro, sus limitaciones, prejuicios y preferencias de tipo ideológico. El nexo último de unión —es decir cómo funcionaban— entre estos dos elementos es simple: para mantenerse en el poder e imponer su visión del mundo era esencial negar la diversidad del país que gobernaba. Esto solo podía hacerse a través de un discurso simplista y maniqueo (la España buena y victoriosa contra la pérfida anti-España derrotada) y, sujetando este discurso y a la vez amparado por él, la represión. Sin esta última, sin la violencia contra los disidentes y la intimidación de la sociedad en general, no hubiese sido posible el mantenimiento de la dictadura de Franco. Este es el mínimo reductor del franquismo, y solo a partir de su aceptación se puede entender en su complejidad cómo funcionaba la dictadura y, sobre todo, su longevidad. Traumas históricos, miedos colectivos, intereses económicos y culturales, etc. ideologías de moda o de más solera, son parte necesaria de cualquier análisis medianamente sofisticado del régimen, pero al final, como Franco y todos los españoles entendían muy bien, estaba la violencia como pasado, presente o amenaza. Si se quita a esta no se entiende nada, como tampoco esta se entiende sin el hombre que la utilizó para su propio beneficio.

Pero si Franco fue, desde el punto de vista estructural, un producto de su tiempo y circunstancias, y hasta una carambola, también fue un individuo con capacidad para decidir, y su decisión fue siempre encaminada hacia un objetivo: mantener su poder a cualquier precio, consciente de que este precio pasaba por la aplicación y administración del terror. Que sepamos, el comportamiento inicial de Franco en la Guerra Civil no fue muy distinto del de sus compañeros generales rebeldes: aplicó la violencia de forma extensa e intensa. Esta normalización de Franco, reforzaría el argumento estructuralista en torno a su actuación, pero no puede extenderse, porque no hay elementos de comparación, a su comportamiento una vez que asume el poder. Podemos hacernos algunas preguntas como ¿De haber sido otro u otros los líderes del Nuevo Estado, habr-



¿han hecho estos generales las mismas políticas de represión de Franco? ¿Se habrían obstinado en mantener una dictadura personal a cualquier precio? La verdad es que no lo sabemos, porque no es posible una respuesta contrastable. En todo caso es dudoso que el recurso al argumento de la existencia de un pensamiento e incluso la idolología militarista y aún la africanista, ya de por sí conceptos ambiguos, puedan explicar o mucho menos predecir lo que otros rebeldes compañeros de Franco habrían hecho de estar en su lugar. El africanismo ayuda a entender qué hizo Franco y sus commilitones pero no lo explica, ni muchos menos, de forma total.<sup>9</sup>

Lo que sí sabemos es que, para negar la diversidad del país que gobernaba mediante el terror, y para ayudar a coagular el consenso entre sus partidarios, Franco usó la falsa, pero exitosa y hasta castiza, noción de las dos Españas. No se inventó nada, otra cosa es que utilizase lo existente con saña hacia los demás y enorme provecho propio. La bandera de la patria cubrió la sangre que necesitaba para mandar. A ojos de sus partidarios, le dio pátina de respetabilidad, le dio también sentido y dimensión espiritual, a lo que a la hora de la verdad no era más que un crimen continuo. No era una idea revolucionaria; la novedad estuvo en la aplicación. La historiografía y la cultura nacionalistas decimonónicas, como han demostrado, entre otros, Carolyn Boyd y José Álvarez Junco, proveyeron las bases del entramado intelectual de esta idea, haciéndola respetable sobre todo al bendecir a la patria (otrora un concepto liberal, revolucionario y hasta inclusivo) con la mano sagrada de la religión del estado.<sup>10</sup> Dicho de otra manera, Menéndez Pelayo, por poner el ejemplo más famoso, no mató rojos (y, que yo sepa, a nadie) pero su construcción intelectual de una patria católica exclusiva, en la que no cabían heterodoxias, sirvió luego al franquismo para justificar el exterminio de los enemigos y aterrorizar a la sociedad, al hacer pasar el intento de eliminar la sociedad civil por la cruzada para desinfectar a España de los cuerpos extraños que se le habían ido incrustando en los últimos siglos, y en particular en el XIX, la bestia negra de ese hijo tardío del XIX que fue el propio Franco. Esto es irónico pero no excepcional. El Caudillo hizo lo que otros dictadores contemporáneos, hijos culturales del XIX como él pero que gobernaron en el siglo XX: aplicar proyectos, categorías, teorías y moldes mentales acuñados en aquel siglo (por ejemplo: imperialismo, darwinismo social y racial, y determinismo histórico basado en la lucha de clases) a las realidades de las políticas de masas, las complejas sociedades urbanas y a través de los cada vez más poderosos estados del siglo XX. Solo la dictadura de partido-estado, esto es, la violencia a gran escala, permitieron que esas ideas se impusiesen a la sociedad. Los resultados fueron terribles, tanto en los regímenes fascistas como en los comunistas.<sup>11</sup>

La mayor parte de la violencia masiva del siglo pasado no se entiende sin la aplicación de esos esquemas ideológicos supresores de la diversidad por el poderoso estado contemporáneo. La

---

<sup>9</sup> Para la tesis africanista, ver Sebastian BALFOUR: *Deadly Embrace. Morocco and the Road to the Spanish Civil War*, Oxford, Clarendon, 2002.

<sup>10</sup> Carolyn P. BOYD: *Historia Patria. Politics, History and national Identity in Spain, 1875-1975*, Princeton, University Press, 1997, pp. 99-121; José ÁLVAREZ JUNCO: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 383-464.

<sup>11</sup> Mark MAZOWER: "Violence and the State in the Twentieth Century", *American Historical Review*, 107:4 (diciembre, 2002), pp. 1147-1167.

dictadura fue una consecuencia de, y no solo una reacción a, la política de masas, y de la insuficiencia muchos sistemas liberales para democratizarse y alcanzar una estabilidad. El papel de los dictadores, como individuos, solo se entiende en este marco. A menudo se ha explicado que la violencia de los dictadores, y hasta de las sociedades de las que emergieron, viene de sus experiencias de brutalización en guerras (guerras coloniales de África, la Primera Guerra Mundial, la Guerra Civil rusa, etc.) Es un argumento tautológico: los futuros dictadores fueron a guerra, luego la guerra hizo a los dictadores. Con lo cual podríamos llegar al absurdo de considerar que cualquiera que fue a la guerra en tiempos modernos se convirtió, potencialmente al menos, en una persona cruel o en un dictador. El argumento no merece que perdamos mucho tiempo, pero hay que señalar que, en el caso de España, habría que aplicar esta sombra acusadora, entre otros, a los jefes y oficiales que después de luchar en África se mantuvieron leales a la República; y a los millones de españoles que, una vez acabada la Guerra Civil, aborrecieron de palabra y de obra la violencia para el resto de sus vidas. Lo mismo sirve para los millones de veteranos de países que, como el Reino Unido, Francia o Bélgica, siguieron siendo democracias después de 1918. No hay duda que la experiencia africana brutalizó a muchos jefes y oficiales, entre ellos a Franco, pero el africanismo no explica por sí solo la violencia de la Guerra Civil ni del franquismo. Entre otras cosas porque los falangistas y carlistas que fusilaron a mansalva, como lo hicieron también muchísimos milicianos republicanos, no eran africanistas, ni siquiera militares.

### **Responsabilidad y autoridad**

La Guerra Civil no se produjo por una negación de la diversidad de España, ni el objetivo inicial de los rebeldes era necesariamente esto. La guerra no surgió en medio de una fractura de las supuestas dos Españas. La lógica bélica, y el proceso de implantación de la dictadura primero, y luego las necesidades del dictador Franco, crearon pronto esta situación, que se mantuvo hasta poco antes de la muerte de Franco, cuando el resurgimiento de la diversidad, y lo que algunos llaman sociedad civil, desbordó de forma evidente los controles político-sociales del tardofranquismo, revelando la realidad que la represión y el miedo habían escondido apenas durante las décadas previas. Esta diversidad demostró la falacia de la idea de las dos Españas.

Franco no impuso la España dual oficial que nació en julio de 1936, la guerra lo hizo, negando así la realidad de una España real y diversa que aterrada fue forzada a partirse en dos. La división en los frentes fue coetánea a la dictadura del miedo en ambas zonas de retaguardia. La expresión de divergencias se convirtió en mortal. La continuación de la guerra y el enroscamiento de Franco en el poder hicieron permanente este proceso. La propia creación del Caudillo, como líder carismático de España, exigió la supresión de la España diversa y la imposición de la dual. Su poder emanaba de verdades supuestamente trascendentes de naturaleza sagrada -la religión y la patria- y por lo tanto las minorías verdaderamente oprimidas, a diferencia de las masas de los no menos supuestamente engañados, tenían que representar lo ajeno a esa esencia nacional, la anti-España. El Caudillo se convirtió en el guardián de esa pureza de la España renovada que se había

ganado con la sangre redentora de los buenos españoles y, a su vez, con la derrota -en realidad el exterminio pero siempre presentado de manera difusa y hasta confusa- de los enemigos de la patria.

Sin embargo, esta construcción de la verdad única no podía basarse sola o principalmente en mitos histórico-culturales palingenésicos, sino que precisaba de políticas concretas que cimentasen los intereses económicos y culturales de la coalición política franquista. La violencia era la piedra angular del edificio del nuevo régimen, pero las políticas de recompensa eran los pilares del edificio de la España franquista. Estos se basaban en negar no ya la legitimidad los intereses de millones de españoles, sino aun más su propia existencia, y es ahí donde la violencia del Estado y la connivencia de una parte de la sociedad se reunieron en el silencio cómplice de los crímenes propios o en la denuncia de los reales o supuestos de los vencidos, y, por último, en la explotación material de los vencidos o incluso de los “vencedores” más pobres.<sup>12</sup>

El franquismo fue un régimen que negó la diversidad e España a base de reconocer una diversidad parcial, y por eso careció de una ideología cerrada única y completamente excluyente. Al contrario, tanto el dictador como su régimen mostraron una cierta capacidad de ambigüedad, de adaptación, siempre que esta no cruzase las ya citadas líneas rojas del poder de Franco y los intereses del núcleo social más poderoso de la coalición que le apoyaba. Las diferentes fases ideológicas del régimen y de los discursos del Caudillo como fascismo, social-catolicismo, desarrollismo, etc. se movieron siempre dentro de estos parámetros y, por supuesto, nunca cuestionaron la violencia de fondo de la dictadura. Represión, supresión de la diversidad, castigos y recompensa materiales y espirituales, y mentiras fueron las bases últimas de todas las políticas de las distintas fases del franquismo. Las ideologías aceptables para la dictadura solo lo eran en las medidas en que servían a estas políticas. Por eso es dudoso que la ideología de Franco sea relevante, al contrario que sus políticas, para entender el papel de este en la historia del país.

Sería un error separar aspectos de la represión franquista, de la negación de la diversidad, como por ejemplo la política lingüística, de otros como fueron las políticas de salarios o la contrarreforma agraria, para construir discursos sectoriales, o nacionales, lógicos en el contexto de la España de hoy pero de naturaleza anacrónica. Todas esas políticas formaban parte de lo mismo: de la violencia como esencia de la política. Esto explica por qué Franco, quien detestaba al nacionalismo periférico, al mismo tiempo hizo gestos para insertar la diversidad lingüística y cultural española de forma “orgánica” en su mentira de la España única (en esto, la política regionalista del franquismo fue muy similar, por ejemplo, a la de los nazis: el todo de la variedad regional era inseparable de la esencial nacional). De la misma manera y al mismo tiempo, el dictador que destrozó al campesinado pobre hizo gestos para construir una utopía rural a través del Instituto Nacional de Colonización. De nuevo, en ambas políticas, la cultural-nacional y la social-agraria, la violencia era la base de una actuación que a su vez permitía la negación de la diversidad, a base de

---

<sup>12</sup> He explicado esto en más detalle en Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo (1939-1975)*, Madrid, Alianza, 2016.

construir una diversidad aceptable y limitada desde el poder y al servicio este mismo y sus partidarios.

Quizás no sea una idea popular en estos tiempos cuando el nacionalismo periférico goza de fuerte vigor social, pero no creo que la violencia franquista se ensañase adrede con ninguna zona de España ni, a priori, con ningún sector social más que con otro. Esto contradeciría su propio concepto de la unidad de “los hombres y las tierras”, de España (como Franco explicó en su testamento político) que eran diversos. La dictadura atacó más fuerte allí donde encontró una diversidad real -esto es, una oposición a su proyecto negacionista- mejor articulada, ya que esta iba en contra de su propia esencia. Esta esencia nunca fue otra que la represión política que hizo posible otra represión más extensa aún, la socio-cultural, que sí se dirigió específicamente contra aquellos sectores que competían con los que apoyaban a la dictadura. Tampoco creo que hubiese una “cultura de represión” en el franquismo. Lo que sí hubo fue mucho más prosaico: la represión del enemigo y una profunda indiferencia hacia las consecuencias de las políticas sociales del régimen. En resumen, no se pueden separar los cerca de 150.000 fusilados, las quizás 200.000 personas que murieron de hambre, la falta de libertades públicas, el pisoteo de los derechos lingüísticos y culturales, etc. Esta realidad de la represión, que va más allá de meros marcos regionales, no es sino la manifestación de la extensión de la violencia esencial del franquismo. Esta violencia, en suma, explica mejor que fue este régimen que todas las etiquetas ideológicas.

¿Cuál fue el papel de Franco en esta violencia esencial? Hasta octubre de 1936 el de co-responsable, y después el de responsable máximo. Pero aun así hay que distinguir entre responsabilidad y autoridad, que no es lo mismo. Incluso si siendo muy generosos con el dictador, y presumiendo, que es mucho, que él no tenía autoridad o incluso conocimiento de muchos crímenes cometidos por su bando o por el estado que encabezó, no tenemos indicación alguna de que *hizo* nada y ni siquiera *dijo* nada, por suprimir o regular esos crímenes, que, repetimos eran la esencia de su régimen. Con otras políticas, como las sociales, y hasta con las culturales, nacionales y religiosas, se permitió en diferentes momentos presumir de hacer grandes y buenas cosas, y hasta de mostrar aparente tolerancia y generosidad. Hizo gestos equívocos y normalmente inútiles. Esto se debió a tensiones y presiones internas y/o externas, ligadas también al propio cambio de la sociedad española y del panorama internacional; pero también se debió a las propias contradicciones y exigencias lógicas de los discursos fascista, católico y desarrollista del régimen. En todo caso, esas expresiones o concesiones a la diversidad tuvieron siempre las mismas líneas rojas de no cuestionar su poder ni los intereses básicos de sus partidarios, y desde luego no reconocer que ambos estaban basados, en origen y en ejercicio, en el terror. En esto no hubo concesión alguna. Es aquí donde la responsabilidad y autoridad de Franco convergían y donde el papel histórico del individuo aparece como claro. Al no asumir, por negar, la violencia de su régimen, el Caudillo afectó de forma personal y profundamente la historia del país. Él, Francisco Franco Bahamonde, escondido detrás de la máscara del Caudillo, hizo y fue responsable de que centenares de miles de personas muriesen asesinados por balas o por hambre, que el país viviese más atrasado que sus vecinos europeos, que la vida de los españoles fuese muy dura, que no tuviesen libertad para expresar y

mostrar lo que pensaban o cómo se sentían, que no pudiesen defender sus derechos y aspiraciones, etc.

Es indemostrable si José Sanjurjo, Emilio Mola o Don Juan de Borbón, por poner algunos ejemplos, habrían hecho lo mismo, pero creo que en este ensayo queda patente lo que Franco, el hombre, hizo. Tampoco podremos saber qué habría hecho Franco de ganar Hitler la Segunda Guerra Mundial. En todo caso, no creo que podremos saber nunca con certidumbre por qué hizo lo que hizo, el papel de su psicología, su formación y experiencias profesionales, las contingencias y casualidades, el impacto de las ideologías de su tiempo, etc., pero esto es al fin y al cabo especulación, tan atractiva como inútil. Los historiadores llevan décadas preguntándose qué pensaba Stalin cuando permitió que muriesen u ordenó matar a millones de enemigos (reales o supuestos) y amigos y no creo que estemos más cerca de saber la verdad que en los años treinta. En el caso del dictador ibérico, lo importante, insisto, es lo que hizo y, sobre todo, cómo afectó esto a los españoles que gobernó. Para que Franco se transformase en el Caudillo tuvo que suprimir la diversidad de España. Dicho así casi se olvida uno de que detrás de esa diversidad no había otra cosa que las vidas de millones de personas.

La supresión de la diversidad era el miedo, y viceversa. Los cambios sociales y culturales que se dieron en España con el proceso acelerado de urbanización e industrialización que arrancó en los años cincuenta, y que se manifestaron en una clara mejora de los indicadores de bienestar y educativos en los años sesenta, últimamente contribuyeron a minar tanto el miedo como a la uniformidad impuesta. Esto es, que el progresivo retorno a la diversidad en el tardofranquismo cuestionó al miedo. Quitarse este, lo que en general se dio más entre los jóvenes que entre las generaciones mayores, supuso afirmar en público tanto las realidades que habían estado ocultas desde la Guerra Civil como las nuevas aparecidas desde entonces. Pero el anclaje último del miedo, esto es de la dictadura, Franco, seguía vivo. A pesar de las esperanzas de los enemigos del régimen, en perspectiva, parece casi inevitable que solo con la muerte del Caudillo podía acabarse con la dinámica creada en 1936. En todo caso, eso fue lo que ocurrió casi inmediatamente tras el 20 de noviembre de 1975; y por eso no debe de sorprender la explosión de conceptos y comportamientos, nuevos y viejos, esto es, el retorno a la diversidad, que se produjo a partir de entonces. Como he explicado en otro lugar, los españoles ya se sentían ciudadanos antes de aquella fecha pero solo se hicieron demócratas en su mayoría hasta poco después. En 1975, los españoles sentían que tenían derechos y deberes colectivos, pero el miedo y el régimen no les había permitido aún ser personas libres. Como se demostró en las calles primero y en el parlamento después, una vez garantizado un mínimo de libertad, los miedos a reaparición de las dos Españas fueron infundados. No podía ser de otro modo: esas dos Españas eran hijas pero no madres de la Guerra Civil, y su padrastro, Franco, había muerto.

En 1976 comenzaron a hacerse evidentes las muchas Españas reales, que no han dejado de evolucionar desde entonces. Porque en contra de lo que intentó imponer la dictadura, nunca hubo una España, ni una anti-España, esenciales, solo el terror y las complicidades que el dictador supo administrar para que este siguiese rigiendo la vida de los españoles. Dudo que esta re-

flexión atraiga a los que creen en las patrias esenciales, sea donde sea, hasta el punto de negar su carácter histórico-contingente. Yo solo me he limitado a explicar lo que he aprendido de lo que pasó a la diversidad en España a partir de 1936 y porqué y cómo un hombre, disfrazado de Caudillo, pudo afectar tanto a la historia del país. Para ello, he contado la verdad última del horror que apenas escondieron sus palabras y quienes lo justificaron o alabaron.

## Conclusión

Las dos Españas no dieron lugar a la Guerra Civil, entre otras cosas porque ni antes ni después del conflicto hubo nunca dos Españas. El mito de las dos Españas si no nació si al menos caló el 18 de julio de 1936; y por una razón tan mala como efectiva: la propia guerra. La separación del territorio del país en dos bandos-estados forzó, al mismo tiempo, la polarización de la sociedad y el silencio impuesto sobre la diversidad de España. Esto es más válido para el bando rebelde que para el republicano, pero cierto para ambos. Luego, la dictadura que emergió de la guerra profundizó el doble proceso de polarización identitaria y de negación de la diversidad. Puesto de otro modo: las dos Españas no fueron nunca una realidad socio-cultural sino la forma interesada con la que se explicó un trauma colectivo y se justificó el poder de su principal perpetrador y responsable.

El poder ilegítimo de Franco precisaba de esta política. Solo mediante la creación de un discurso dualista, de España frente a la anti-España, podía el dictador justificar su papel de garante de la autenticidad; o, dicho de otra manera, solo mediante la falsificación simplificadora de la realidad podía el Caudillo clamar su misión histórica mesiánica. Detrás esta impostura había intereses materiales y espirituales clarísimos, pero el bulo necesitaba de una justificación esencial. Este el papel que le tocó a la historiografía nacionalista española. Como todo discurso nacionalista, esta se nutrió de una lógica dual de ellos frente a nosotros, y de acoso y redención, esto es, de un discurso palingenésico, que encajaba perfectamente con las necesidades del Nuevo Estado. Por eso Franco siempre echó mano de la historia para justificar sus políticas. En esto el autoproclamado Caudillo no inventó nada. Por un lado, Mussolini y Hitler hicieron lo mismo, y, por otro, había una larga tradición de pensamiento histórico nacional-católico disponible que arrancaba de la historiografía española de mediados del siglo XIX. No deja de ser irónico que el siglo que Franco hubiese querido borrar de la historia le proveyó con el tipo de Historia que el necesitaba para suprimir la realidad del siglo en el que él gobernaba, empezando por la negación de la complejidad cultural y social de un país europeo occidental moderno.

Los historiadores, y otros, hemos debatido si la de Franco fue o no una dictadura fascista o simplemente autoritaria. No estoy seguro de que este debate ilumine la cuestión de la supresión de la diversidad política, social y cultural que existía en España en 1936, y, lo que es más importantes, sus consecuencias en la vida de la gente. Lo importante fue la intención y el efecto de las políticas del dictador. La intención era clara: mantener su poder. Para ello necesitaba suprimir lo que no cupiese en el españolismo nacional-católico que ya existía, como ideología de una minoría, en la España prebélica; aquí cabían también diversos sectores con ideologías más diversas y hasta

modernas. Eso es lo que hay detrás del famoso (e insuficiente por blando) “pluralismo restringido” de las “familias políticas” del régimen. Pero, una vez sentados los límites de lo admisible, lo que realmente importaba es cómo se procedió a imponer la uniformidad (que nunca se consiguió, por supuesto) y esto nos lleva a las políticas del régimen, que para ser entendidas no necesitan del debate autoritarismo-fascismo, simplemente porque los datos hablan por sí solos y tienen un componente común esencial y permanente: el terror. En un determinado momento, el fascismo fue una opción, válida de forma parcial, al servicio del régimen y, sobre todo, del dictador para dar coherencia a su poder y su carisma políticos. Luego, según las conveniencias, la dictadura descartó al fascismo por fórmulas más social-católicas primero, y después desarrollistas. Pero por debajo de los discursos el franquismo fue algo más permanente, mundano, descarnado y simple: un régimen de terror, nacido gracias al terror y sostenido por el ejercicio o la amenaza del terror. Debajo de este terror había una realidad compleja y diversa que quedó apenas disimulada por las mentiras, las que el régimen decía para mantener su supuesta legitimidad política y las que sus víctimas fingían para mantenerse vivas. Encima había una red de intereses materiales y espirituales a los que les convino callar sobre el terror. El precio de la supresión de la diversidad fue la muerte y la miseria vital para millones de españoles. Esto lo hizo el Caudillo, pero detrás de esta imagen mítica había, Franco, la persona, quien eligió seguir gobernando España sabiendo muy bien el precio que los españoles debían de pagar por ello. Heredero del terror, ejecutor del terror, mentiroso del terror, beneficiario del terror: el Caudillo fue el terror. Este fue su contribución esencial, innegable, personal y determinante a la historia de España.